

Recientemente el presidente Vicente Fox y su secretario de Gobernación, Santiago Creel hicieron fuertes críticas a Estados Unidos. Esto suena extraño debido a que ambos son grandes amigos del presidente Bush. El primero, incluso, ha manifestado una actitud con claras dosis de servilismo. Sin embargo algo es evidente: Estados Unidos, como bien dice la frase hecha, no tiene amigos, tiene intereses y muy pronto los agravios hacia el gobierno foxista se hicieron presentes. Ello ha llevado a Fox y Creel a enfrentar a los EU y a mostrar una suerte de antiimperialismo reaccionario. Por tal razón, porque las relaciones entre EU y México son harto complejas y siempre llevamos la peor parte, hoy *El Búho* rescata un sorprendente texto del historiador Gastón García Cantú, hombre de brillante y lúcido nacionalismo. El objeto es señalar, una vez más que ellos son los vecinos y nosotros los buenos, según decía con sorna el periodista de izquierda Mario Gill y que si de pronto nuestra burguesía levanta la voz es porque simplemente la han colmado de agravios.

El Búho

*Antiimperialismo reaccionario**

Como ocurrió en 1862, la Revolución Mexicana, en 1911, puso a prueba las ideas históricas de algunos escritores. Ante la violencia –“partera de la sociedad”– de los campesinos y el derrumbe de la organización política del porfiriato, se desperató, en unos, la ira; en otros, la melancólica lamentación por el sistema que se procuró abolir. El “partido del orden”, como ante toda manifestación popular, se ocultó primero para reagruparse después, merced a la libertad establecida durante el gobierno de Madero, y empezar su tarea de conspirar, difamar y confundir para restablecer al antiguo régimen. La vida de los salones y los clubes, las haciendas y los burdeles, surgió revestida de severidad y cólera. El sometimiento en que había sido educada la gente de orden, la rigidez aparente, la simulación y la bajeza, afloró en los adjetivos contra Madero y la revolución. Los intelectuales del porfiriato, desde sus bufetes y escritorios, empezaron a maldecir, a caricaturizar y a lanzar las frases que precedieran a las balas de Victoriano Huerta. En el que fue uno de sus últimos discursos, Madero comparó los extremos de la “libertad” que prevalecía: a un indio podía encarcelársele por un supuesto insulto; los intelectuales, en cambio, injuriaban a las instituciones y a los hombres de la revolución. Nada hizo Madero contra ellos, contribuyendo a fundar, por así decirlo, el hábito de la prensa de insultar, conspirar y pregonar falsedades impunemente.

La Ciudadela fue el Versalles de esa contrarrevolución. Empleados de comercio, abogados sin clientela, hijos de familias decentes, monaguillos, coimes y tahures, dispararon durante varios días contra la gente del pueblo. Cuando ellos

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

GASTÓN GARCÍA CANTÚ

tuvieron a mano a Gustavo Madero, lo asesinaron como al representante de quienes cambiaron el orden de su vida. No fue sólo Victoriano Huerta quien se sometió a la voluntad de Henry Lane Wilson, sino todo el antiguo régimen. Ante una revolución que salía de los campos y las fábricas, los colegios superiores y los pueblos, no había otro recurso que el amparo de los Estados Unidos. La burguesía, el “partido del orden”, creció bajo su sombra. Huerta, como Díaz, y más tarde Obregón, gobiernos surgidos de cuartelazos mediante el ase-



para la memoria histórica

sinato o el exilio de los presidentes constitucionales, debían ver el reconocimiento diplomático de los Estados Unidos como el principio legal de sus administraciones; no era posible paso alguno sin el auxilio exterior que obraría como fuerza protectora sobre una población impotente y desesperanzada frente a un ejército sobre las armas. El reconocimiento de Huerta, a pesar de cuanto hizo para obtenerlo, no llegó nunca. Woodrow Wilson manejó ese problema menor como un dilema para otorgarlo a quien, según él, garantizara la impunidad de los intereses norteamericanos en México. No lo consiguió de Carranza y sí de Huerta, pero éste, con todo el “partido del orden” no tenía el poder político ante una revolución que derrotaba una y otra vez a las tropas federales. Wilson no advirtió el significado de la Revolución Mexicana; no entendió lo que ocurría a pesar de su declaración de que estaba de parte de la mayoría empobrecida y sin tierras, menos aún la comprendieron los intelectuales educados en el porfiriato. De ellos podría decirse lo que Marx de Napoleón III, porque es, en rigor, la descripción de una clase más que de un hombre: “A pesar de la versatilidad de su talento y de la variabilidad de sus propósitos, ha estado toda su vida encadenado a la rutina más fósil. Se comprende que las corrientes subterráneas más profundas de la sociedad moderna permanecieran siempre ignoradas para él; pero hasta los cambios más palpables operados en su superficie repugnaban a aquel cerebro, cuya energía había ido a concentrarse toda en la lengua.” La rutina hizo estragos en los intelectuales del porfiriato. La falta de espíritu crítico –la sombra implorante que advirtió Justo Sierra ante las puertas de la Universidad–, se encubrió con interpretaciones pueriles que en nada afectaron al poder económico. Hábiles para trasladar a una realidad, que escapó siempre a sus conjeturas más audaces, las generalizaciones de Le Bon y Spencer, sus conclusiones fueron, inevitablemente, paradójicas. Ciertamente, toda su educación, fundamentalmente colonial, se concentró en su lengua. Ejemplos sobresalientes de ese adiestramiento fueron, Bulnes y Pereyra, Vasconcelos y Esquivel Obregón, como de las redacciones Lara Pardo o de los bufetes donde se estipulaba el precio de los campesinos Vera Estañol, de las sacristías Sánchez Santos o de las tabernas José Juan Tablada. Cada uno pasándose de boca en boca los “trozos mascados” de los mismos tópicos: la revolución era hechura de los norteamericanos; Carranza, un ser envilecido, ignorante y oscuro; Zapata, un enigma negro; Madero –con la sola excepción de Vasconcelos–, un loco espiritista. Se trataba de destruir

a México, de arrasar al país con las hordas campesinas. La civilización fundada por España, latina y occidental desaparecería para siempre. La semilla cristiana, depositada en una tierra primitiva, era, al fin, infecunda. La cruz era apartada por el viejo rito de Huichilobos; los sacramentos, olvidados frente al altar de los sacrificios humanos. Los revolucionarios eran jefes tribales de un conjunto de seres sanguinarios, no de un pueblo. La nación que Hernán Cortés había tratado de construir, caía víctima del ímpetu cainita fomentado por los bandoleros y los agentes norteamericanos. Pereyra es, acaso, el primero en pregonar la teoría de que la Revolución Mexicana era hechura de los gobiernos de los Estados Unidos. Publica, en enero de 1913, dos artículos: “Los Estados Unidos ante la anarquía de México”, en el que copia juicios varios de la prensa norteamericana y subraya uno, finalmente, que debía ser el epitafio de El Plan de San Luis: “Una gran proporción de mexicanos cree que la libertad es licencia para matar y robar.” En el segundo, abre su fuego en “La política de México.”

Yo entrego al lector la historia del general Díaz para que la juzgue como le plazca. En esta ocasión sólo me interesa poner de manifiesto la cólera del negocio [norteamericano] contra la tiranía y el apostolado de libertad que tomó a su cargo la plutocracia protectora...

La tiranía de México era el petróleo de Veracruz y Tamaulipas; era la caoba de Chiapas y Tabasco; era el Ferrocarril de Tehuantepec; era la Bahía Magdalena; era un estorbo para el libre manejo del garrote de Roosevelt; era acaso una inteligencia secreta con Berlín, con Londres, con Tokio, nuestros aliados naturales.

Pero la Standard Oil, siempre por medio de sus dos dependencias, la prensa y el Departamento de Estado, *había ofrecido establecer un gobierno nacido del sufragio popular*, bajo las inspiraciones de un apóstol que traía en sus labios inocentes una sonrisa evangélica de León Tolstoi, y con hombres inmaculados al frente de los negocios públicos.

Pereyra establecía la intromisión de los Estados Unidos, la oposición del gobierno de Díaz a los empresarios norteamericanos, la complicidad de Madero con los petroleros y la doblez que significaba su lucha al ser, tan sólo, un emisario de la Standard Oil. Esta “teoría” sirvió a todas las posteriores interpretaciones de la revolución. Le sería aplicada, en su hora, a Carranza. El 23 de febrero, dos días después del asesinato de Madero, Pereyra protestaba como subsecretario de Relaciones. En su obra de historiador expondría no pocas de las desventu-

ras de México frente a los Estados Unidos; los hechos por él relatados, sin embargo, no alcanzaron a ser interpretaciones coherentes con la realidad del país; el imperialismo se vuelve una empresa surgida de una aberración moral cuyas consecuencias son, por lo mismo, maldecidas por sus víctimas. En 1916, en *El crimen de Woodrow Wilson*, alcanza la madurez de su estilo de libelista, como en su *México falsificado* su desprecio por un país que entrevió dentro del puño de Porfirio Díaz.

En abril de 1914, José Vasconcelos se encontraba en Nueva York. Desde allí se entera de la invasión de Veracruz. La explicación que da a Carranza, en una carta personal, relaciona los hechos conforme la interpretación del gobierno norteamericano. Él la acepta. El segundo párrafo de su carta, revela, por entero, su mentalidad política:

...no tocaba otra cosa a nuestro partido que protestar contra la invasión del territorio nacional y la matanza de mexicanos. Esto debía hacerse aunque la protesta nos restase toda la simpatía de *quienes en verdad han sido nuestros mejores amigos*, pero tal amistad debía llevarnos a la deshonra; y por eso aplaudimos todos la protesta por Ud. formulada. Una *simple protesta* no hubiera complicado las cosas y sí habría levantado el prestigio de la Revolución; pero no debo dejar de informar que habiendo venido esa protesta acompañada de una *exigencia contraria a los hechos consumados* y a la posibilidad en la conducta del país, la referida nota de usted ha causado gran desorientación y aun la represalia que ya tomó el gobierno americano restableciendo el embargo de armas, como medida militar precautoria. Comprendo perfectamente, la necesidad de adoptar una actitud decorosa ante el extranjero, pero la situación peligrosa que esto ha creado, hace indispensable que se emprendan negociaciones hábiles y rápidas que nos eviten un completo fracaso diplomático.

Este razonamiento de Vasconcelos no sólo demuestra el temor que lo invadía sino la idea de que, ante la superioridad militar de los norteamericanos, el recurso hábil y rápido era el de negociar la ocupación de Veracruz. La actitud de Carranza era un riesgo por ser un desafío. No oculta su juicio de que había causado desorientación, pero no en los norteamericanos sino en todos aquellos, como Vasconcelos, que no entendieron de qué virtud salía un país diferente al que habían conocido. La política de sacar partido de las humillaciones, de plegarse al más fuerte, de someterse paladeando la propia derrota para obtener las imágenes de la amargura, reflexionando sobre la inutilidad de la lucha, fue, en todo, su verdadera filosofía. De allí su desquite y su furia. No le perdonó a Carranza el haber

hecho exactamente lo que debía; el desoír su advertencia, plegadiza a los Estados Unidos; vergonzante y temerosa. Puso el valor que nunca tuvo en su lengua y desató lo que llamó, sin escrúpulo ninguno, su venganza: “Los Villa, los Carranza, los nuevos [esta palabra es reveladora de su juicio sobre la revolución] despojaban a los mexicanos de la anterior generación, en sociedad con los capitalistas de Norteamérica, representantes del progreso, dueños del mundo... Viva Carranza, muchachos, que nos ha enriquecido a costa de los científicos. Viva mi general Villa, tales por cuales... Así se conversaba, nada agrego, y sólo confieso que lo de carranclanes fue invención mía, venganza mía, que se difundió en la Convención [de Aguascalientes] y pasó de allí a toda la República... Carranclanes. La palabra me sonaba a lo que eran: pura matraca y ruido en la acción, pero voraces en la hora del saqueo. “Se dijo expulsado del país por las balas de Carranza y al volver se acogió al régimen que hizo posibles sus injurias, precursoras del asesinato de aquel presidente. En 1920, escribía Vasconcelos, como “revolucionario” a las órdenes de Obregón: “¿Quién hubiera creído que la Constitución de 57, la Constitución de Vallarta y de Juárez, la Constitución que sirvió de bandera contra Huerta, había de ser reformada por un leguleyo que se llama José Natividad Macías? Sin embargo, así se hizo tan sólo para que Carranza pudiera violar la no-reelección, haciéndose Presidente sin dejar de ser Primer Jefe. Así se hizo engañando al pueblo con el cebo de unas reformas que además de ser insuficientes, bien pudieran expedirse sin borrar de una plumada todas las garantías que conquistaron con sangre nuestros antepasados del cincuenta y siete.” Eran los mismos temas de los prelados norteamericanos, sólo que tamizados por un liberalismo que no fue, ciertamente, su ideología política. Su declaración contra la Constitución de 1917 no estaba en contradicción con su filiación obregonista; por ello, al firmarse en 1922 el Tratado de Amistad y Comercio con el gobierno de Harding, no abrió la boca como secretario de Educación. No reprobó los llamados Tratados de Bucareli, pero sí la Constitución. Entre sus artículos no careció de ironía el intitulado “Sonora en la brecha”, verdadera apología del Plan de Agua Prieta, que después señalaría como el origen inmediato de todos los males del país; de allí que ninguna de sus páginas de entonces figure en su *Obra completa*. Pero donde alcanzan sus tesis antimperialistas su significado moral es en el capítulo “La dictadura del proletariado”, del libro *Bolivarismo y monroísmo*. No sólo la injuria sino la mentira histórica:

“Dueño militar de la situación, Carranza ya no tuvo por qué convocar a elecciones. Su ‘dictadura del proletariado’ –en 1920 elogió a la Revolución Soviética para señalar la ‘supuesta’ Revolución Mexicana– le refrendó el poder en un plebiscito del que, por ley, quedaron excluidos los no carrancistas (véanse –dijo– artículos finales de la Constitución del 17). Toda la prensa del país fue confiscada para ponerla en manos de los protegidos de Carranza. Los acuerdos revolucionarios sobre el petróleo quedaron en suspenso. Los protestantes, a través de sus órganos, la Young Men Christian Association y los pastores convertidos en coroneles carrancistas, vigilaron el cumplimiento de un laicismo que empezó a mostrarse implacable con los católicos mexicanos pero condescendiente con el rito extranjero... Caro y diario pagaba Carranza la victoria que Wilson le permitió ganar sobre sus rivales políticos.” En el Título Noveno de la Constitución -artículo 136- no se expresa restricción ninguna, únicamente en el párrafo segundo del artículo 10 de los transitorios, se decía que no regiría, en las elecciones a convocarse, la fracción V del artículo 82: precisamente, dando la posibilidad de que los militares en servicio activo no estuvieran impedidos de ser elegidos diputados o senadores, etc. En la prensa pudo publicar Vasconcelos, como Enrique González Martínez y Antonio I. Villarreal, sus injurias a Carranza; las leyes petroleras, como se ha visto anteriormente, fueron promulgadas entonces; el impuesto sobre la extracción de petróleo es, indudablemente, la causa del asesinato de Carranza, quien, justamente, legisló contra la intromisión de las sectas protestantes; las cuales prohibiciones fueran violentamente impugnadas por el senador Albert B. Falls. De venganza en venganza, José Vasconcelos fue forjando su diatriba contra la historia de México, hasta dar con la fuente de Lucas Alamán, para recobrar el paraíso perdido de la Colonia, imaginar una nación redimida por las industrias inglesas con el culto público a Cortés. Al término de la Revolución Mexicana y al aparecer después de la segunda Guerra Mundial el poder soviético con las armas nucleares, entona su oración fúnebre a la vida, “líquido viscoso, granulado y asqueante”, que debía arder bajo las hogueras de la B-H, antes que caer en el mundo de “esclavitud y crueldad” de la URSS. Una visión histórica como la suya debía terminar en esa imagen de locura vesánica. Las leyes de la razón son implacables.

Cuenta Alberto J. Pani, que en uno de los periodos más adversos de la revolución, cuando discutían él, Bonilla y Cabrera, con los delegados norteamericanos, en Atlantic City,

los términos del convenio para el retiro incondicional de las tropas al mando de Pershing, la llamada “Liga Pacifista Mexicana”, que tenía por presidente a Manuel Calero, actuó de tal manera, escribiendo, dirigiendo cartas airadas a los delegados norteamericanos y apoyándose por sobre todo en el partido republicano, adversario del de Wilson en las que fueran las elecciones de 1916, que llegaron a retrasar y a darles argumentos a quienes exigían la sumisión de Carranza a los términos del proyecto de convenio: “protección de las vidas y propiedades de los extranjeros; establecimiento de una Comisión de Reclamaciones y tolerancia religiosa”; en las que Wilson se escudó para pretender doblegar a Carranza. El fin, se conoce. No obstante, al discutir en Atlantic, los argumentos de Calero –quien meses después publicaría con Jesús Flores Magón, Rafael Martínez Carrillo, Vera Estañol, etcétera– un libelo contra la Constitución de 1917, eco del Acta de Chicago, sobre todo en lo que al artículo 27 se refería, se editó en inglés un libro de Francisco Bulnes: *The Whole Truth About Mexico. President Wilson ‘s Responsibility* (Impreso por M. Bulnes Company, de N. York), “con el fin exclusivo –dice Pani– de favorecer los intereses del Partido Republicano, que se manifestaba entonces, en oposición al Presidente Wilson, francamente intervencionista”. El testimonio de Pani contenía, sin embargo, una equivocación: Wilson era tan intervencionista –las discusiones de los delegados mexicanos eran prueba irrefutable de ello– como los republicanos; lo que sucedía era que unos creían posible llevar la conquista de México, como el mayor Tompkins, y otros veían la participación inmediata de los Estados Unidos en la guerra europea.

La habilidad de Bulnes consistía en admitir los errores políticos de Porfirio Díaz, que él, político porfiriano de todos los tiempos, veía a través de los cargos que hiciera a esa administración, otro porfirista obediente, como Bernardo Reyes; en señalar lo que, a su juicio, eran los “factores morales” de la revolución y la obra de un “cuarteto de degenerados”: los científicos; de quienes él, Bulnes, había sido eco sumiso en la Cámara de Diputados. La composición de lugar la completaba con la afirmación, contundente, de que el patriotismo, sólo excepcional en algunos mexicanos, era un “clamor vociferante” para abrirle el camino a Madero, quien tuvo al frente no al dictador, sino a un hombre degenerado también que destruyó, voluntariamente, todos los elementos represivos con que contaba en su poder. La revolución, desde ese momento, sólo había prohijado, así, en lista: jacobinismo, truhanerismo,

socialismo, anarquismo, criminalismo y bestialismo. Bulnes pasaba de la sociología de la Preparatoria a las clasificaciones de Lombroso, del uso de palabras inteligibles a barbarismos; era su fuerza retórica y el asombro de lectores que aguardan, impacientes, el insulto. Madero se había posesionado de la revolución o “más bien, la Revolución se posesionó de él porque Madero nunca la comprendió”. No obstante, su muerte llamaba a compasión: después de él -como Vasconcelos lo afirmaría- nada civilizado, nada elevado había; los líderes de 1910 no eran, por consiguiente, bandidos.

En Bulnes no hay, propiamente, ideas sino retruécanos. Lo que afirma en un párrafo lo niega en el siguiente, pero de esa confusión premeditada va elaborando, en sentencias pueriles, las afirmaciones que llevan al lector a coincidir en unas cuantas tesis principales. Éste ha sido el daño innegable de su obra; por ello, en su época, se escribieron libros para refutar sus libelos. Poseía el estilo de quienes comunican opiniones y evitan al lector la reflexión. Si alguno se detiene a pensar en sus afirmaciones, toda su argumentación se derrumba. No fue un escritor sino el más laborioso de los folletinistas políticos. En su última obra, escrita en inglés, alcanzó la madurez que en su idioma no logró del todo. Una causa lo explica: era un alegato por los Estados Unidos. Su proposición fundamental era una apariencia de razonamiento antimperialista: “Tan cierto es -decía simulando citar frases de revolucionarios- que los capitalistas yanquis son nada más que un astuto grupo de ladrones que roban al pueblo mexicano, que hasta el presidente Wilson, su Presidente, ha anunciado que no pueden contar para nada con el apoyo del Gobierno. Y siendo el gran Wilson, el inmortal Wilson, el épico Wilson, todo justicia y verdad, inflamado con la libertad y la caridad, no hubiera negado una reclamación justa a los capitalistas yanquis; en consecuencia, su determinación de no apoyarlos es equivalente a denunciarlos ante el mundo como piratas financieros y corruptores de gobiernos latinoamericanos, dignos de castigo en vez de protección...” Y luego, como no podía evitar la conclusión de su fingido sarcasmo, la razón de su defensa, su única confesión válida a lo largo de su espesa obra:

Censuro la “todopoderosa política del dólar” como hombre honesto, pero no como mexicano, porque en México no ha habido tal política. Su existencia ha sido inventada por agitadores demagógicos y estudiantes pretenciosos de estrecho criterio.

A continuación, Bulnes da cifras de las inversiones, y, sin tomar en cuenta las empresas de ganadería, ofrece un total: 2 691 000 000 de pesos, *¿han contribuido a la ruina de México?* No se ha hecho, sin ingenuidad ni cinismo, una defensa más completa del imperialismo, es decir, de la exportación de capitales y de la política consecuente. Debe admitirse, no obstante, que Bulnes es un precursor de no pocos funcionarios mexicanos. Algo más: como no había en México propiamente Constitución, sino una costumbre generalizada de usos brutales, Madero venía a ser el usurpador de un poder que no le pertenecía, y no, como se decía, Victoriano Huerta, “verdadero presidente de México”.

La tesis antimperialista de Bulnes terminaba con un interrogatorio al propio Wilson: ¿por qué lo que él admitía en Cuba, el latifundismo, era malo en México? “¿Por qué, para concluir -decía Bulnes- una nación de cincuenta millones de habitantes ha sido entregada, en supuesta defensa del derecho agrario, a una horda de bandidos salvajes que la han reducido a un estado inconcebible de miseria y desolación, cuando en Cuba la más insignificante agitación en este aspecto es severamente castigada? En la parte sur de los Estados Unidos, dilatadas regiones de tierras son propiedad de poderosos *trusts*. ¿Dónde radica la diferencia cuando se trata de monopolios, entre el magnate americano y el criollo mexicano?” Las declaraciones de Wilson sobre la reforma agraria eran vulnerables, pero no era la intención de Bulnes exhibirlas, sino señalar que el agrarismo de la Revolución Mexicana era inspirado por Wilson, que era él quien dirigía a la horda de bandidos que destruían el país; con ello, los verdaderos dueños de las tierras, extranjeros y mexicanos, podían calificar de espuria a la revolución y atizar el ánimo contrario a los Estados Unidos en la persona de Wilson, en ese instante adversario electoral, mostrándola como obra antimexicana.

En su libro, Bulnes recogió, para transmitirlos a la posteridad, todos los adjetivos y las frases más injuriosas contra los políticos mexicanos que hacían la revolución: simplemente eran antipatriotas. El problema de Latino-américa era, fundamentalmente, un problema de robo público.

La reacción mexicana no fue la única en aprovechar las tesis de Bulnes, Pereyra, Vasconcelos, etcétera, sino principalmente los agentes de prensa de las empresas petroleras. Entre los periódicos norteamericanos, algunos publicados en nuestro país, los artículos y libros citados y los volúmenes escritos

por extranjeros, se estableció, ante la Constitución de 1917, la revolución misma, la defensa que hiciera Carranza y la legislación sobre petróleo, una forma de vasos comunicantes en los que es imposible saber de quién o quiénes partieron las ideas de la obsesionante I campaña difamatoria contra México; sólo es dable, ante los miles y miles de páginas escritas, establecer las afinidades, las coincidencias, para concluir que se trata de uno de tantos medios empleados por el imperialismo, porque suyos eran los intereses afectados. En 1939, Burt M. McConnell publicó un volumen intitulado: *Mexico at the Bar of Public Opinion*, impreso por cuenta de la Standard Oil; dicho libro contiene, en sus 312 páginas, recortes editoriales de 274 periódicos americanos, 80 acotaciones de escritores especialistas, de asociaciones de prensa, 18 de revistas, todos conteniendo argumentos contra México. Eso fue, en 1939, un año después de la expropiación petrolera. ¡Cuánto más se escribió de 1914 a 1926! No pocas de las ideas surgieron de la redacción de *The Mexican Herald*, de Paul Hudson, ya citadas en la argumentación del embajador Lane Wilson, contra Madero. En 1914, los del *Herald* huyeron a Veracruz para continuar la publicación de su diario. Lo que ya dijieran de Madero lo hacen, entonces, contra todo el país. Para hacer las asociaciones necesarias al tema, es necesario transcribir una mínima colección de agravios:

Mayo 7(1914). Nunca hemos intentado excusar la forma en que Huerta llegó al Poder Ejecutivo [lo cual era totalmente falso: Paul Hudson, su director, recibió de Huerta 15 000 pesos en oro para hacer, en los Estados Unidos, propaganda a favor suyo], su carácter y sus métodos con otro fin que no sea el de recordar a quienes lo critican que prácticamente cada gobierno de México ha sido el resultado del derramamiento de sangre y de la revolución, y que quienes crean que México puede ser gobernado por una mano suave y con ideales democráticos, tienen mucho que aprender sobre este país y su abrumadora masa popular, cuya ignorancia primitiva es tal que no tenemos ninguna clase en los Estados Unidos con la cual compararla.

Ningún mexicano o grupo de mexicanos es capaz de volver al país al orden.

Estamos absolutamente convencidos de que la gran mayoría de los mexicanos inteligentes y las clases propietarias de México, preferirían a ojos cerrados ver la intervención americana y no que su país caiga en manos de las devastadoras huestes revolucionarias.

Mayo 11. Las características del indio mexicano lo llevan a aceptar con calma lo inevitable en cualquier momento y con una con-

formidad definitiva y una alegría que están más allá de la comprensión anglo-sajona. Pero dar un puntapié a un perro y adoptar el aspecto de una persona que va a correr, es algo muy peli-groso.

Mayo 14. El pueblo mexicano nunca ha demostrado capacidad para gobernarse a sí mismo; nunca hubo paz en este país excepto cuando estaba dominado por la mano y la voluntad de hierro de un hombre: Porfirio Díaz. Ante una intervención extranjera los mexicanos han sido impotentes para presentar un frente unido al enemigo, ni siquiera [para] salvar la autoridad de su nación. Las ventajas de la lucha personal, el resultado de los feudos personales son ahora, como siempre, más importantes para muchos jefes mexicanos que la integridad del país. El mundo echa sobre los Estados Unidos la responsabilidad del arreglo de las dificultades de esta nación. Es una labor que debe hacerse, y mientras más tiempo se posponga más difícil será realizarla, más completa será la ruina, más grandes los sufrimientos, más difícil la obra de reconstrucción.

Mayo 16. La esperanza de que un pueblo como el mexicano, tan falto de las exigencias fundamentales de la sociedad moderna en materia de derechos de propiedad, de probidad y de relaciones familiares, esté preparado para las responsabilidades de un gobierno representativo, es una visión impracticable.

El problema está frente a nosotros: los Estados Unidos deben resolver si aceptan la responsabilidad de la regeneración de esta tierra desgraciada, que no puede ya salvarse a sí misma, o si debe ser condenada a vivir en lo futuro como un país de peones.

Mayo 31. La enfermedad de México es la ignorancia y la mugre, y como ya lo hemos dicho, esta enfermedad es crónica e incurable.

Julio 19. México será un país tan bueno como Cuba. . . si tiene sobre su cabeza el mismo palo.

Un año después, Paul Hudson, desde la ciudad de México, reanudó su actividad difamatoria, la cual trascendería hasta ser parte importante de la llamada “investigación” del senador Albert B. Fall, en 1921. En 1915 se organizó el Comité Internacional del que formaban parte minoritaria algunos extranjeros, para alentar la intervención norteamericana en nuestro país. Como no había relaciones con los Estados Unidos, el embajador de Brasil en México, Cardoso y Oliveira, envió las comunicaciones del Comité Internacional a Washington. Paul Hudson, George M. Cook, Burton W. Wilson, Samuel J. Rider y Sydney Ulfelder –éste de la Sociedad Americana– fueron los principales agentes intervencionistas. Algunos de ellos, por sus posteriores vinculaciones con Fall

–y sobre todo el que Burton W. Wilson viniera a México después de haber sido expulsado por Carranza, como representante de la Standard Oil– eran empleados de Doheny. Entre los numerosos documentos que remitieron los del Comité Internacional y la Sociedad Americana, dos demuestran, también, el origen de no pocas opiniones sobre la Revolución Mexicana en Europa y América Latina. Las agencias internacionales de noticias se encargaron de propalar esas versiones.

Ciudad de México, julio 23 de 1915. Departamento de Estado, Washington, D.C.

... Los Americanos y otros extranjeros estan espantados creyendo que es mentira que viven en el siglo XX, y en un país limítrofe con los Estados Unidos, que se han hecho *responsables ante el mundo por la protección de la vida y la propiedad aquí*, y que sin embargo no hacen más que enviar repetidas advertencias, que son despreciadas por hombres semisalvajes, ebrios de poder mal habido y llenos del espíritu del robo y el odio.

... Si los Estados Unidos, u otros gobiernos extranjeros, no hacen algo para abrir las comunicaciones, facilitar alimentos y poner término a los asesinatos de hombres, los atropellos a las mujeres y la destrucción de la propiedad, las complicaciones que el mundo tendrá que solucionar en México serán mayores todavía.

... *Sydney Ulfelder*, Presidente Interino de la Sociedad Americana. *Ciudad de México, 5 de junio de 1915. Al Departamento de Estado, Washington.*

... La indulgencia del gobierno americano hacia México, en el pasado, su reprobación de los motivos de interés propio y las muchas pruebas de su amistad hacia el pueblo mexicano... serán retorcidos y mal entendidos solamente por los militares y la minoría política que busca su propio engrandecimiento a costa del sufrimiento de sus conciudadanos... *El Comité Internacional. Ciudad de México, mayo 22 de 1915. Departamento de Estado, Washington, D.C.*

... Las partidas armadas que violan el país tienen una desenfrenada libertad en muchos puntos de la República. Las violaciones de mujeres y niños, “al por mayor”, en todo el territorio son indescriptibles. Pueblos enteros son saqueados y quemados. La llamada revolución se ha convertido en un manto que oculta el pillaje sin freno, la rapiña y la destrucción, sin esperanzas de alivio. *Sydney Ulfelder.*

La vasta bibliografía norteamericana de temas mexicanos, hace singularmente difícil el saber de quién o quiénes partieron las primeras invectivas, las ideas salvajes, que dijera Sartre, con las que se trata de justificar la agresión a un pueblo. Si esa

labor sería interesante de llevarla a cabo, en un estudio de los orígenes de la injuria contra el país y la revolución, ahora podemos señalar la coincidencia de las opiniones de los reaccionarios mexicanos con las de los norteamericanos. De ellos, Wallace Thompson, por haber sido también editor del *Mexican Herald* es, acaso, el más representativo: escribió desde una trinchera establecida en la ciudad de México, tres libros: *The People of Mexico. Who They Are and How They Live, Trading with México* y *The Mexican Mind. A Study of National Psychology*; los dos primeros en 1921 y el último publicado al año siguiente. He aquí algunos de sus juicios:

Carranza, al edificar la demagogia que encabeza, ha fomentado en México y ha pretendido expandir por toda la América Latina un miedo hacia los norteamericanos y una declarada hostilidad hacia la Doctrina Monroe. Al fomentar el radicalismo e intranquilidad dentro de sus fronteras, está amenazado, no sólo nuestro prestigio en este continente, sino también la paz de los gobiernos establecidos.

... Los indios pasaron de la seguridad y el letargo de la esclavitud a ser amontonados en ejércitos y lanzados unos contra otros en filas de batalla. La independencia sólo les trajo nuevas desgracias. La Revolución de 1910 fue el levantamiento de los intelectuales mestizos, quienes habían despertado y endurecido al indio, siempre mendicante, para que destruyera la civilización blanca.

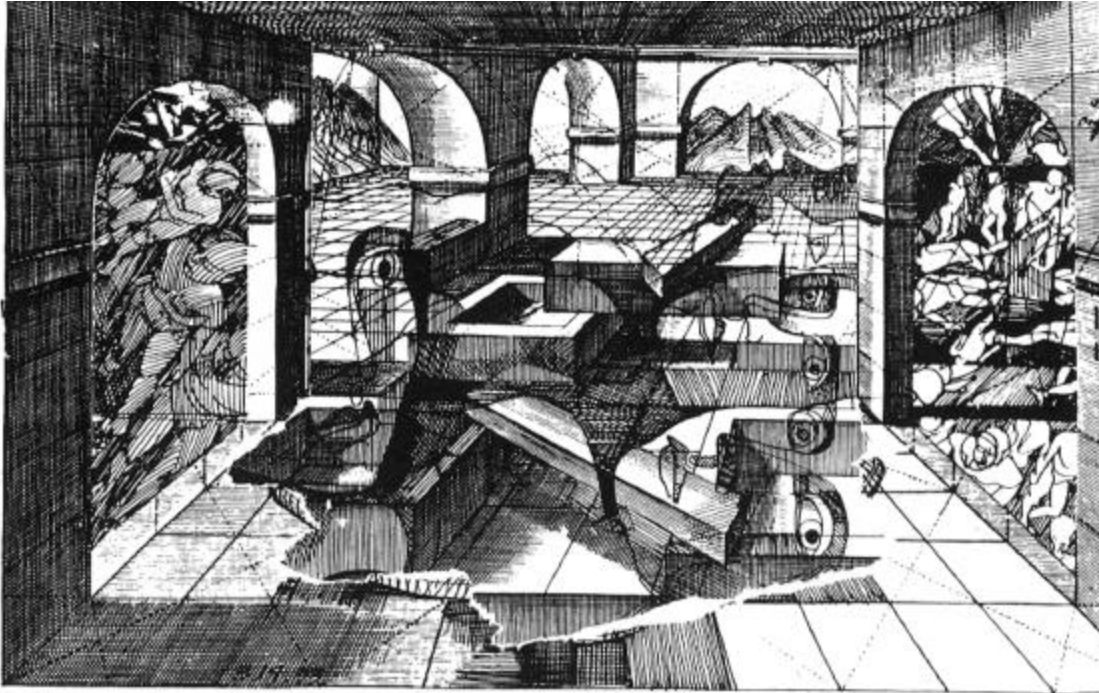
De la larga lista de experimentos de gobiernos que constituye la historia de México, el hecho predominante en todos es el saqueo sistemático. . . Los ideales del blanco sobre un pueblo racialmente inferior, son los de lograr adaptar sus principios a la tipificación o educación de las masas.

... un pueblo que no es pueblo; una raza que no raza, una cultura que no es cultura; lo que nos lleva, por ende, a presenciar una de las más grandes paradojas de la Humanidad.

El petróleo ha sido la inspiración de la política de nacionalización que, fomentada por extranjeros radicales y apoyada por la codicia mexicana, permitió a carrancistas escribir su constitución de 1917.

En una sola opinión fue veraz Thompson: “... Hasta hoy –afirmó en 1921– la Constitución es, literalmente, la más radical escrita jamás en país alguno.” El remedio para los males, es decir, el Mal, estaba en la intervención energética de los Estados Unidos; una suerte de asociado del ímpetu de los hombres de negocios y el espíritu misionero de sus pastores protestantes.

Que la ideología imperialista coincida, fortalezca, nutra y anteceda a la de la reacción interior, es resulta-



Guillermo Ceniceros

do de la semejanza de sus intereses; la mentalidad reaccionaria

es, propiamente, de ningún país; sus temas, sí son locales pero el imperialismo los ha dotado de tópicos, de juicios de temas, de un estilo universal que es reconocible en literatura escrita contra los pueblos sometidos. Cada nación humillada podría aportar un capítulo de cómo racismo, el orgullo nacional, la superioridad de los medios técnicos, ha creado una antihistoria, una versión que favorece la conciencia de la inferioridad, la idea de fuerza imbatible del país opresor. Son temas comunes a todas las colonias; sólo unos pocos pueblos -hoy por fortuna los menos- cuentan como los personajes predilectos de la difamación obstinada; entre ellos, el nuestro. La ideología reaccionaria, falsamente antimperialista, como puede advertirse por los breves ejemplos transcritos, es también, una ideología dependiente, emisaria de las formas políticas de la colonización. La patria que se invoca no es, siquiera, una abstracción, sino una imagen forjada desde las metrópolis económicas y políticas: en el caso de México, primero la España de la contrarrevolución de 1812; después, de la Francia de Napoleón III y, a lo largo de nuestra vida independiente, la de los Estados Unidos. La crítica de los movimientos populares de nuestro país, sólo puede hacerse por cuanto a sus metas incumplidas; respecto

de la revolución de 1910 a 1920 porque no fue lo suficientemente revolucionaria, lo cual lleva a juicios opuestos a los de quienes examinan su proceso con las ideas dependientes del imperialismo; éstas, por los amplios medios de que han dispuesto sus autores, han prevalecido hasta formar una conciencia que es, sin duda, la mejor conquista de los Estados Unidos: ver a la revolución como se propusieron que se la viera los Bulnes y los Pereyra, los Vasconcelos, los Carreño y los prelados mexicanos de 1917 y 1926: como una obra destructora, vil, engañosa, contraria en sus fines al país. El aparente antimperialismo viene a resultar un aliado importante: sus ataques no van dirigidos a la causa del atraso económico y la dependencia política, sino a los esfuerzos por superar el primero y abolir la segunda, de allí que sus autores sean los predilectos de la burguesía surgida, precisamente, de la contrarrevolución.

La última invasión armada de los Estados Unidos tuvo lugar en 1916, si bien hubo después agresiones menores. A partir de entonces se inicia el retorno de los medios políticos y económicos de la penetración pacífica, uno de cuyos medios más eficaces es el ideológico. ■

* *Las invasiones norteamericanas en México*. Serie Popular. ERA. México, 1971. 368 pp.